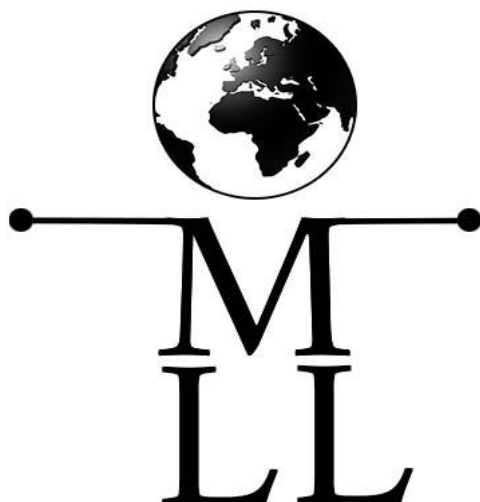


**José Antonio Fernández de la Orden**

Mamá Irena  
El Ángel de Varsovia



**Mundo Libre Libros**

## **Mamá Irena**

### **El Ángel de Varsovia**

**Noviembre 2003. Polonia.**

**Premio “La Orden del Águila Blanca”**

Mi nombre es Morelia Nowak Boronski. Estoy felizmente casada y soy madre de dos hijos. Esta información quizá no interese a nadie, aunque mi vida desgraciadamente sí importe. Nací en el gueto de Varsovia, un lugar impropio para un ser humano. Cuando apenas tenía dos años me pasó algo especial. Un ángel con un corazón gigante sobrevolaba el gueto. Buscaba niños para llevarlos a un lugar mejor. Ofreciéndoles un nuevo hogar donde poder crecer, jugar y estudiar con normalidad. Yo tuve mucha suerte pues fui una de las elegidas. No quiero ni imaginar el dolor de mis papás al dejarme ir. Desde aquí les doy las gracias y les mando un beso muy fuerte. Ellos no tuvieron un ángel que los sacara de allí, y fueron asesinados en el campo de concentración de Treblinka. Me considero una persona privilegiada al ser rescatada de un lugar donde muy pocos sobrevivieron. Y de tener más de 2500 hermanos que hoy gozan de un presente digno.

El corazón gigante seguía su camino en su empeño de rescatar niños. En su viaje, se rodeó de hermosas y fieles almas. Gracias a estos seres mágicos, pudimos conocer el amor y la sensación de formar una familia. También quiero destacar la labor de la señora Alenka Borowski y el señor Aleksy Nowak. Ellos fueron las personas que me acogieron y cuidaron, dándome la educación necesaria, aquella que hoy me hace ser una mujer libre. Me trataron siempre lo mejor que pudieron, ganándose en mi corazón el galardón de padres. Muchas de las personas que estamos hoy aquí, fuimos rescatadas del holocausto por Irena Sendler “El Ángel de Varsovia”. Su valentía es la esperanza de un pueblo llamado mundo. Su

amor hacia las personas es el reflejo de su alma y el camino a seguir.

Me enorgullece enormemente estar aquí esta noche. Estas lágrimas que ahora mismo resbalan por mi cara expresan amor, rabia y superación. Irena sobrepasa el valor humano. Su dignidad vuela por encima de la humanidad, mirándonos con melancolía y respeto. Ofreciéndonos amor en uno de los momentos más duros que se recuerdan en la humanidad.

Nunca tuvo dudas sobre sus actos. Su pureza maquilla el aire. Su alma envuelve nuestro planeta ofreciéndonos un sabor de esperanza. Su mente es un cielo abierto sin límites ni barreras. Tres palabras habitan en su interior: dignidad, respeto y amor. No pretendo que este discurso sea un mar de flores, pero créanme, no sé otra manera de expresarlo. Por ese motivo les voy a leer un relato que he escrito, donde me acerco a la vida de Irena Sendler, dentro de una historia ficticia. Espero que les guste.

Morelia se retiró unos pasos hacia atrás visiblemente emocionada, mientras todo el público aplaudía sus palabras. La multitud que abarrotaba la sala no podía ocultar su emoción, poniéndose en pie y vitoreando el nombre de Irena.

## Owcock Varsovia 1915

Stanislaw abrió la puerta despacio como en él era costumbre. Colgó su raída chaqueta en el destartalado y descolorido ropero, mientras miraba de reojo esperando ver a su pequeña hija. Se quitó lentamente los zapatos. -¿No hay nadie aquí?-. Preguntó una y otra vez en voz alta y con buen humor. Su mujer Janina se encontraba en la cocina pendiente de otras tareas.

El doctor, como todo el mundo le conocía en el barrio, sabía de sobra que su zagala estaba escondida y pendiente de él en algún rincón de la casa. -Está bien si no hay nadie tendré que irme-. En ese momento la pequeña Irena salió corriendo de su escondite para abrazar a su padre.

- Hola mi niña cuánto te he echado de menos. -Le dijo mimosamente mientras la achuchaba y besaba en la frente-.
- Papá he aprendido un juego nuevo.
- ¿Y sé puede saber cuál es?
- Una cuerda para saltar, me la ha hecho mamá.

La niña sacó un trozo de cuerda cortada a su medida. El doctor cogió su infantil cara con sus dos manos a la vez que la decía: Tú serás alguien importante algún día. La chiquilla mostró a su padre sus progresos con su nuevo juguete, los dos reían en medio del pasillo de su casa.

Stanislaw era un médico muy reconocido en su zona. Su amplio espectro de clientes tenía un denominador común: la pobreza. Lógicamente incluía un grave riesgo de contraer enfermedades. Tal era el peligro, que muchos colegas de profesión se negaban a visitar a estos pacientes. Stannislaw trabajaba sin importarle las nacionalidades, lo mismo se ocupaba de personas polacas, alemanas o judías, dándole igual

su color o su edad. Si algún alma cercana a él se encontraba enferma, no dudaba en socorrerla. El que podía le pagaba con comida, los más afortunados le daban algo de dinero y la mayoría no tenía para pagarle. Todos estos valores humanos no pasaban desapercibidos en su entorno. El doctor gozaba de un respeto que muy pocas personas tenían, sobre todo entre la población judía. Su adorada mujer-Janina-era su complemento perfecto, aconsejándolo en los momentos más difíciles.

Irena era una niña tímida y muy lista, algo cabezota en algún momento, estado que desquiciaba de vez en cuando al doctor. Pero sobre todo era una cría de corazón tierno y buenos gestos. Le gustaba ayudar a las personas, el primero en esa lista era su padre. Mil veces le propuso que la dejara ir con él, con la clara intención de poder ayudarlo y mil veces se encontró con una rotunda negativa. Stanislaw no estaba por la labor de que su hija contrajera alguna enfermedad, aunque también es cierto que se exponía a demasiados contagios. Irena poco a poco iba adquiriendo los valores que sus padres intentaban inculcarle.

El tiempo fue pasando entre las enfermedades y el trabajo del doctor. Tanto fue así, que Irena cumplió siete años y su padre estaba gravemente enfermo. La neumonía enveneno su cuerpo de forma insalvable. La grave enfermedad y las negativas de sus colegas a atender a los contagiados, terminaron con la vida de Stanislaw.

## 1940. Varsovia

En 1939 la Alemania nazi había ocupado Polonia. A partir de ese momento se empezó a construir un gueto, para cercar a toda la población judía. Sin embargo, el gobierno general no gozaba de una organización bien estructurada. Existían conflictos entre la administración civil, el ejército y las SS. Este capítulo solo duró un año. El dieciséis de octubre de 1940, el gobernador principal de Polonia Hans Frank, abrió las puertas del gueto de Varsovia.

Primero lo rodearon con alambres de púa, para más tarde construir un muro de dieciocho kilómetros de largo, que cercaba por completo el gueto. Los judíos entraban por miles. Eran arrancados de sus vidas para ingresar en el horror. En poco tiempo, el censo alcanzaba las 380.000 personas esperando la muerte, o un campo de exterminio. Las familias se agrupaban entre ellas ocupando todos los barracones y casas. Ya no había espacio para más personas. El hambre, la pobreza y las enfermedades se adueñaron de la situación, haciendo de la vida una empresa insoportable.

Los nazis asesinaban sin piedad por la noche y a plena luz del día. Sus deteriorados camiones amontonaban personas, que serían trasladadas a los campos de exterminio. Las familias se rompían a diario y nadie estaba a salvo del holocausto.

Habían pasado veinte años desde la muerte de su padre. Irena trabajaba de enfermera en el departamento de bienestar social de Varsovia. Era la encargada de los comedores comunitarios de la ciudad. Miles de personas católicas o judías saciaban su hambre en estos refugios sociales. No sólo proporcionaba comida a huérfanos, ancianos y pobres, también les daba medicinas y ropas. Tras la muerte de su padre, los líderes de la comunidad judía se ofrecieron a pagarle los estudios. Se había convertido en una mujer líder, capaz de hacer cualquier cosa para satisfacer las necesidades de las personas. Llevando bajo

su control a un grupo de veinticuatro mujeres y un hombre. Poco a poco fue haciendo amistades importantes que le facilitaban objetivos.

Irena y sus compañeras preparaban las perolas de comida antes de abrir el comedor social. El temor entre ellas no podía ser otro que el levantamiento del gueto, se sentían asustadas y necesitaban hablarlo.

- Yo no sé qué va a ocurrir, pero si os digo la verdad no me gusta un pelo. -Renegaba Aleksandra Kowalski, mientras removía el caldo con una cuchara de madera-.
- Pues yo si lo sé, al infierno una detrás de otra. ¿No os dais cuenta de que tarde o temprano, nos meterán a todas en ese sitio? -Preguntaba Alina con un nudo en la garganta-.
- Nosotras no podemos hacer nada. -Contestó Irena-. Además no nos meterán ahí dentro. Solo ingresan judíos y nosotras somos polacas.
- No tardaran en hacer uno para polacos -Dijo Alexandra-.
- Eso no va a ocurrir.
- ¿Y por qué no va a ocurrir? Vamos dime Irena ¿Por qué no va a ocurrir?
- No lo sé, es un presentimiento. Creo que todo esto acabará pronto y nosotras lo que debemos hacer es centrarnos en nuestro trabajo.
- Eso es cierto. Es lo único que nos mantiene aquí y nos hace sentir vivas. -Contestó Alina-.
- ¿Y si no se acaba? -Espetó Aleksandra-.
- ¿Cómo no se va acabar? Todo lo que empieza acaba. Solo tenemos que ser pacientes, estar lo más tranquilas posibles y cumplir con nuestra misión. -Dijo Irena visiblemente afectada-.
- Quitemos las ollas del fuego, el caldo ya está hecho y tiene buena pinta. -Afirmó Alina-.

- ¡Está bien! Iré a abrir la puerta para que vayan entrando.

Irena secó sus manos en el delantal dispuesta a abrir la puerta. Desenganchó los dos viejos y oxidados cerrojos, organizando la fila. Nunca había alimentos para todos ni siquiera para la mitad. Esto la enfurecía mucho, aunque sabía de buena tinta que lo único que podía hacer, era seguir dando el tostón a sus altas amistades. La situación cada día era peor, la confianza había desaparecido y el miedo encogía al valor. El gueto, atestado de gente, apenas podía acoger más personas. El problema del hambre y las enfermedades era desorbitado.

La policía polaca tenía orden de transportar a seis mil judíos diarios, con dirección al horror y a la muerte. En caso de no hacerlo, los nazis fusilarían a cientos de rehenes y también a sus familiares. Irena contó las personas que se habían acumulado en la fila, dándose cuenta que doblaba la cifra habitual. -¡Dios mío! esto es una verdadera locura-. Exclamó tapándose la boca con las manos, mientras corría en dirección a la cocina.

- Chicas escuchadme un momento –Las muchachas que estaban trabajando, desviaron la vista hasta dar con Irena-. Tenemos que ofrecer media ración. -Un rumor invadió la cocina-. Fuera hay el doble de personas que un día normal.
- Pero si una ración apenas es nada -Dijo Aleksandra con una voz tímida y arrugada-.
- ¿Y qué hacemos? ¡Explicádmelo! ¿Salimos ahí fuera y elegimos a quién se le tiene que dar de comer? Perdón señor usted para atrás, ¿Es eso lo que debo decir? -Un silencio absoluto reinaba en la cocina-. Nosotras no elegimos esta situación, tampoco tenemos otra opción, no puedo clasificar a la gente, ¿Por dónde empiezo, primero los niños o quizá las niñas? ¿Después los abuelos o estos los debo dejar para el último lugar? ¿Luego los más sanos porque son los que tienen más

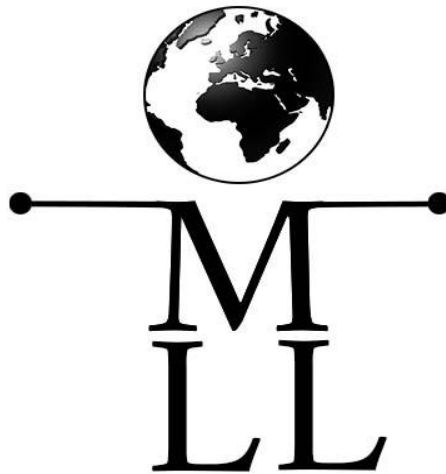


posibilidades de vivir? Y así juzgamos a cada una de las personas que vienen a nosotras, como su única salida. Os diré una cosa, no vamos a discriminar a nadie por muy enfermo que pueda estar, o por muy sucio que nos pueda parecer. No debemos caer en ese error. Haremos todo lo que podamos hasta que no nos quede nada que ofrecer. -Esto último lo dijo mientras se ponía su gabardina-.

- ¿Y a donde vas tú ahora? -Preguntó Aleksandra-.
- A buscar más comida.

# Mundo Libre Libros

La biblioteca de todos/as



Si quieres seguir leyendo este libro  
Pincha aquí:

**[Mundolibrelibros.com/mama-irena/](http://Mundolibrelibros.com/mama-irena/)**